



## ¿Referéndum o plebiscito?

(Publicado en el diario *Expansión*, el 9 de febrero de 2005)

**Ignacio Cosidó**

En letra impresa nº 331

9 de febrero de 2005

Zapatero no ha conseguido aún superar el complejo de déficit de legitimidad de su triunfo electoral del pasado 14 de marzo. Ese es el fantasma que recorre todas las noches La Moncloa. Su propia insistencia en reclamar esa legitimidad e incluso su obsesión por poner en duda el reconocimiento de quienes desde la noche electoral no la han cuestionado, como el Partido Popular, son pruebas evidentes de que ese temor políticamente infantil no está aún superado. Tras el fallido intento de las elecciones al Parlamento Europeo, saldadas con una baja participación y un empate técnico con el PP, Zapatero pretende ahora convertir el referéndum sobre el nuevo Tratado de la Unión Europea en un ejercicio de exorcismo que disipe toda duda sobre su victoria.

El terreno para obtener el espaldarazo político que Zapatero necesita está bien elegido. España, a pesar de haber enfriado algo su entusiasmo europeísta en los últimos años, es objetivamente uno de los países que más se ha benefi-

ciado de la pertenencia a la Unión. La sociedad española reconoce además este efecto positivo y sigue teniendo a Europa como una referencia de democracia y libertad. A diferencia de otros muchos socios, nadie ha cuestionado en nuestro país la necesidad de seguir avanzando hacia una mayor integración política de la Unión Europea.

Por otro lado, el PSOE calculó bien que el Partido Popular no se opondría al nuevo Tratado. El Partido Popular está apoyando lealmente el sí, a pesar de que el nuevo Tratado acaba con el éxito histórico logrado por Aznar en Niza de situar a España como uno de los grandes en la Unión, a pesar del descontento de muchos católicos con la ausencia de una referencia a las raíces cristianas de Europa y a pesar de que muchos sectores se encuentran extremadamente inquietos por la previsible disminución de los fondos estructurales y de cohesión y por la reforma en marcha de la política agraria común.

El problema para Zapatero es que este apoyo del PP al Tratado, aunque asegura el triunfo del sí en el referéndum, le quita en buena medida valor como plebiscito. Es más, la falta de confrontación entre los dos grandes partidos, aunque aumentará la proporción de "síes", es muy posible que incremente también hasta límites inquietantes la abstención.

El Gobierno sabe que en estas circunstancias el éxito o el fracaso del referéndum se medirán más por el porcentaje de participación que por el de votos afirmativos. La cuestión para el PSOE es como movilizar a su electorado, especialmente contando con que una parte importante del voto de izquierda, representado por sus propios socios parlamentarios, ERC e IU, pero también por el ala más radical del propio Partido Socialista, votará en contra una Constitución a la que consideran ultra-liberal.

En la estrategia de confrontación diseñada desde antes de las elecciones de marzo, el PSOE sabe que el único modo de movilizar a su votantes es la descalificación al Partido Popular, a la Iglesia y otras "fuerzas retrógradas que quieren mantener a España en el ostracismo". El problema es que con ese discurso, que ya ha ensayado ZP en esta campaña, está dando la coartada perfecta a muchos votantes del PP que no sólo tienen un escaso entusiasmo por apoyar un Tratado que consideran peor para nuestros intereses que el logrado por José María Aznar, sino que además tienen una enorme resistencia a emitir un voto positivo que Zapatero pueda instrumentalizar en su pretendido ejercicio de exorcismo.

El carácter plebiscitario del referéndum está conduciendo al PSOE a un segundo error estratégico en esta campaña. Como en realidad no se trata tanto de aprobar un nuevo Tratado como de dar un aval a Zapatero, el mensaje persistente del PSOE es que no hace falta conocer el Tratado para votar afirmativamente. Nuevamente, este es un argumento que puede servir para pedir el voto a las bases socialistas (confía en el líder aunque no sepas donde te lleva), pero constituye un insulto para todos aquellos que no pertenecemos a ese Partido. Lo sensato es que la gente conozca, con la mayor profundidad que sea posible, que es lo que va a votar.

Por el contrario, la precipitación con la que el Gobierno ha convocado el referéndum y la propia extensión y complejidad del Tratado hacen muy difícil que la sociedad española pueda conocer con una mínima profundidad el contenido de lo que va a votar. Pero la elección de la fecha se explica también por la voluntad del PSOE de hacer más un plebiscito sobre Zapatero que un referéndum sobre el Tratado constitucional. Se trataba de aprovechar al máximo la resaca del 14-M y evitar que el progresivo desgaste del Gobierno terminara por volverse en su contra en la consulta. Además, eso permitiría poner en valor ante sus socios europeos a un Presidente español con el que todos los líderes están encantados, pero al que nadie considera.

En estas circunstancias es muy probable que el último tramo de campaña gire en torno a dos ideas. En primer lugar, el argumento del miedo. Un no a la Constitución de la UE en España significaría el final de la Unión. Es evidente que esto no es exactamente así,

aunque el efecto de una negativa española tendría consecuencias políticas difíciles de predecir. El segundo argumento, compartido en este caso con el PP, es que no hay mejor antídoto para los nacionalismos desgarradores en España que el proceso de integración política europea. Siendo esto cierto, sería bueno recordar que la responsabilidad de responder al desafío nacionalista no podemos, por suerte o por desgracia, delegarla en Europa.

Es muy posible que la historia reconozca a Mariano Rajoy su sentido de Esta

do y su fidelidad a los valores europeístas del Partido Popular español. Una vez más, el líder del PP ha preferido situar los intereses generales de España por encima de los intereses a corto plazo de su Partido. Por el contrario, es muy probable también que el presidente de Gobierno aumente tras el 20 de febrero las dudas sobre su propia legitimidad. Mi pronóstico es que los españoles daremos ese día un sí al referéndum de la Constitución de la Unión Europea y un no al plebiscito planteado por Zapatero.